

**¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?**

**CARLOS MORAND**

**AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO**

Agrupación Amigos del Libro  
Inscripción N° 46.869

COMITE DE EDICIONES

Roque Esteban Scarpa  
Carlos López Labaste  
Carlos George-Nascimento  
Oreste Plath  
Pepita Turina  
Alfonso Calderón  
Claudio Orrego Vicuña  
Arturo Valdés Phillips  
Carlos Ruiz - Tagle

Tiraje: 1.000 ejemplares.  
Impreso en los talleres de  
la Editorial Nascimento S. A.  
— Arturo Prat 1428 —  
Santiago de Chile, 1980

*¿Quién soy?*

*Para Carla*

I

Decía un escritor que cuando se habla de sí mismo —sea en memorias, autobiografías, confesiones personales o entrevistas— es muy difícil encontrar el feliz término medio entre la reticencia y el mal gusto. En otras palabras, el feliz término medio entre el decir demasiado poco y el irrefrenado ejercicio de narcisismo.

Procurando no caer en los extremos de que hablaba el escritor aquel, quiero intentar en estas líneas una suerte de esbozo autobiográfico, tarea que nadie puede hacer por mí y que a fin de cuentas no es otra cosa que pasar la propia vida en limpio.

Empezaré por la evocación de algunos recuerdos de mi remota infancia.

Me atrevo a afirmar, sin orgullo ni vergüenza, que

como niño no me diferencié en nada de tantos otros. Por ejemplo, era de los que silban a todo labio cuando cruzan un lugar oscuro.

Mi primer recuerdo me coloca en una calle del centro de Santiago. Alguien que me lleva de la mano me amenaza con entregarme a un carabinero si no paro de fastidiar la paciencia.

Remota es también la escena en que de pie sobre el taburete que una tía-abuela usaba para descansar las piernas, me veo dirigiendo el tránsito en el corredor de su casa.

Otro recuerdo:

Sobre y bajo el ojo derecho conservo dos breves cicatrices. Para conocer su historia deben imaginarme en una camilla de la sala de primeros auxilios de la Asistencia Pública. Un médico me aplica unos puntos; yo, como es de suponer, lloro a gritos. Pero esas suturas y esas lágrimas son la consecuencia. Veamos ahora la causa: tengo cuatro años; una tarde de domingo, la última que tomé la leche en mamadera —lo cual acostumbraba a hacerlo tendido en mi cama—, se quiso obligarme a cumplir la ceremonia sobre la cama de mi hermano. Digo “se quiso obligarme” porque aquí entra a actuar “el otro”; “el otro”, porque en aquella época yo tenía un antagonista, un “doble” con quien discutía y me peleaba. Suelen tenerlo los locos, pero en mi caso y a mi edad aquello era todavía normal. Y fue él, mamá, “el otro”, quien me desafió a que yo no era capaz de desobedecer a la empleada, esto es, levantarme y cruzar la habitación para recuperar mi cama. Pero yo le dije

que sí, que era capaz, y te lo voy a probar. Entonces "el otro", mamá, puso aquella alfombra bajo mis pies. Cayó primero la mamadera y yo llegué detrás, de carita sobre los vidrios.

Desde ese día me obligaron a beber la leche en taza, como un niño grande, pero al "otro" no lo castigaron ni le pusieron puntos en la cara. Todavía más, siguió conmigo muchos años.

Y para terminar con los recuerdos de la remota infancia:

Estamos en una playa, Las Cruces. Mis primos, tan ingeniosos, han puesto excremento de caballo en el fondo de un hoyo, el que luego cubren con papel de diario y una capa de arena. Lista la trampa, se quedan a la espera de la primera víctima. Como no hay víctima, eligen al menor, al más débil (y por ello el menos incauto). Lo que quiero decir es que una de mis primas intenta repetidas veces llevarme a pisar en el sitio señalado. Como no le doy en el gusto, a la fuerza trata de hacerme tragar una de aquellas esferas oscuras que ha sacado del fondo del hoyo. Triste es decirlo: este acto innoble no sólo alegra a los constructores de la trampa; también los consuela de la desilusión de comprobar que aquello tan ingeniosamente fabricado no funcionó como ellos esperaron.

De mi prima no conservo memoria rencorosa. Por el contrario, fue ella quien en lo más oculto de un jardín, y por el valor de un peso, me mostró de una vez para siempre la irremediable diferencia que hay entre hombre y mujer.

## II

Un día mi padre pronunció un nombre y al poco tiempo partíamos rumbo al norte, hacia más allá de la frontera, en busca de aquel nombre, Tacna.

Fue el viaje una parca navegación de dos semanas con demoradas escalas en puertos de grúas mohosas y muelles desvencijados.

En una de aquellas paradas bajamos para admirar ciertos tesoros en arte religioso, de los que nos habían contado maravillas. Los admiramos, pero gran trabajo me costó expulsar de mis sueños los Cristos sangrientos que habitaban las muchas iglesias en cuyo interior se producía el aire triste que oxigenaba la sangre de la ciudad.

En el barco, de carga, yo bajaba a la sala de máquinas para ayudar a los fogoneros en su faena de palcar carbón. El principal, un tipo de piel muy morena y carnes resacas, acaso de tanto pasarse junto a las llamas, fue el primero en hablarme de Tacna. Sentados bajo la boca de la ventilación le oí describirla como una Ciudad de los Césares, sin casas techadas de oro, pero con fruta poco menos que tirada por las calles.

Cuatro largos años viví en Tacna, en una casa que recuerdo grande, vieja, de dos pisos, llena de corredores y crujidos, con galerías envidriadas, balcones, olor a madera apolillada, y un techo de zinc donde anidaban los gallinazos, que uno sentía caminar por la mañana, de madrugada, moverse pesadamente, resbalar, dar súbitos traspies, que arañaban las planchas de metal,

comportarse como una familia que riñe a la hora del desayuno para disipar el malhumor del sueño o de la noche en vela.

Un vasto terreno sin deslindes entre el jardín y el huerto aislaba la casa, casa-oasis en una ciudad-oasis, entre el terminal del ferrocarril y las caballerizas de la guarnición militar; un pequeño mundo de espaldas a la ciudad, cerrado por muros de adobe pero abierto a otra prisión, el océano reverberante de la pampa, con sus colinas yermas y el cementerio de guerra donde los caídos en la batalla del Campo de la Alianza gemían en la noche.

A poco de llegar nosotros, esa criatura soñolienta, tan mansa y lerda, la pampa, nos dio la bienvenida. Primero lo sentí en el ánimo, cierto desasosiego como de bestia que adivina una desgracia. Luego fue en la piel, una brisa demasiado tibia que no tardó en tomar coraje y pasar a un viento que espesaba el aire y daba a la luz del mediodía una tonalidad de acabo de mundo. Rato después el viento soplaba a rajarse los pulmones. La casa sonaba ahora como hueso en la mandíbula de un perro mientras la luz del día probaba escalas cromáticas, pasando del amarillo al gris, del gris al verde y del verde a un rosado de crepúsculo, para volver al amarillo. Cuando todo recuperó la quietud de antes, ramas de eucalipto, plátanos robustos y troncos de olivo habían regresado a la tierra; y en la casa, las pisadas marcaban huellas sobre un polvo de veinte años de abandono.

Cuando partimos a Tacna, la imaginé una patria

gemela a la que abandonaba, su copia puntual que me estaría esperando habitada por las mismas personas que dejaba en Chile. Hice amigos allá, pero al empeñarme en buscar en cada uno al que había dejado en Santiago, esa amistad falló desde un principio. No los tomaba como eran y ellos rehusaron prestarse a mi ilusión. A veces respondieron traicionando mi confianza. Setenta años no habían borrado en el espíritu de aquella gente la amargura de la derrota en una guerra. De ahí que un rencor, como enfermedad heredada, asomaba con la frase más inofensiva. Mi presencia entre ellos era menos la de un extranjero que la de un ex-enemigo. En un partido de ajedrez, mi adversario escogía las piezas negras y se las arreglaba para repetir la contienda en el tablero. Si yo perdía, la Historia para él se había cumplido como debió ser; si yo ganaba, exigía de inmediato el derecho a la revancha, porque la Revancha era una pasión que setenta años después todavía perturbaba el sueño del tacneño.

Deseoso de escapar de esa ciudad cuyo color se confundía con el paisaje, cruzaba la frontera y me venía a pasear por nuestro puerto, Arica, espacio que aunque asediado también por la soledad, tenía una gran puerta para quien supiera usarla con la imaginación. El mar era para mí el sueño de la partida, la ruta hacia el sur, hacia mi verdadero hogar del que un día me arrancaron y a donde desesperaba por volver. Cuando iba al puerto, me sentaba en la terraza del hotel y desde allí envidiaba a los privilegiados, los forasteros, aves de paso que daban una ojeada a mi prisión antes de retornar al Mundo,

que por entonces era el planeta entero menos aquel punto donde me tocaba habitar.

Mientras viví en Tacna, Santiago fue convirtiéndose en mi utopía; cuando cuatro años después regresé a Santiago, la utopía se trasladó a Tacna.

Mientras vivía en Tacna, los amigos que había dejado en Santiago permanecieron intactos en mi recuerdo. De regreso, descubrí que no eran ya los mismos, que ahora otros intereses daban sentido a sus vidas. Pero eso era todavía perdonable. Lo que me dolió fue que en mis años de ausencia, ellos habían olvidado la época anterior a mi partida. La adolescencia se les había echado encima ahogando toda memoria. Desde Tacna yo les había sido leal; ellos no respondieron de igual manera. Cuando yo evocaba momentos compartidos, ellos se acordaban, sí, pero sin demostrar ninguna emoción. No tenían tiempo para trivialidades y yo comenzaba a fastidiarlos con mi insistencia. Primero me consolé recriminándoles su ingratitud, luego decidí entregarme a esa fuerza que nos empuja hacia adelante. Quise cogerles el ritmo, ponerme al día. Nunca lo conseguí. Por más que apurara el paso, quedaba siempre a la zaga. Eramos de la misma edad; yo había vivido cuatro años en Tacna; me llevaban cuatro años de ventaja.

No pasó mucho tiempo sin que yo comenzara a hacer de Tacna mi nueva utopía. Cada vez que sentía no hallarme en Santiago, "me iba" a Tacna y allá la encontraba, idéntica a como la dejé al partir. Detenía el tiempo en los demás, yo era el único que había cam-

biado. Me veía regresar con una profesión y una meta, maduro, reposado, sabio, infalible, y con ese bagaje me paseaba por sus calles, visitaba a su gente, como en el mejor momento de una vida dichosa que nunca fui capaz de vivir bajo su cielo.

Un día regresé realmente, después de cinco años de ausencia, y me puse a buscarme un poco en las cosas y a reconocirme en la gente que me trató durante esa etapa perdida entre el niño y el hombre, donde acaso se estaba gestando en mí la vocación, la obra, la vida futura.

### III

De vuelta en Santiago, durante el interminable período de mi adolescencia, viví en una calle a dos cuadras de la Alameda; una calle breve, sinuosa, de casas solemnes y macizas que podrían servir de escenario para una película de la época victoriana.

La casa era grande, con muebles y objetos antiguos, oscura, silenciosa, llena de zonas de misterio. Algo de esa casa, un poder evocador, se me fue metiendo en el ánimo, algo que emanaba de sus cuadros, del granate de los tapices, de la luz que filtraban los ventanales multicolores, de la altura de sus muros, del artesonado de los techos, de los arcos de piedra, del gran comedor de mármol.

Durante mi niñez nunca supe lo que era el aburrimiento; de adolescente me aburrí por todo lo que no me había aburrido de chico. Un día se me ocurrió que

el hombre puede sostenerse de la sola fuerza de su vida interior. Descubrí que el hombre vive gran parte de su existencia cotidiana dependiendo de cosas externas a él: la compañía y la conversación de los otros, los espectáculos, la carta, los periódicos, la invitación, el llamado telefónico, el viaje, el paseo. Yo me puse a buscar la paz y la felicidad prescindiendo de todo eso. Quería sostenerme de mi pura vida interior. Pero entonces yo carecía de vida interior. La perpetua necesidad de ciertas lecturas, donde hay otros que viven por uno, me probaba que lo único que me estaba habitando eran quimeras. Quimeras que no nacían de mí, sino de una existencia de segunda mano. Postulaba a la autosuficiencia, la autonomía vital del creador y del místico; sin embargo yo estaba muy lejos de ser un creador, más aún de un místico. Muy luego me dominaba una sensación de vacío que ni todos mis esfuerzos de imaginación podían llenar de un extremo al otro de la jornada. Ejercitaba la inacción, prescindía de mi parte corporal, sólo daba importancia a la mente; pero sin puntos de apoyo reales, la mente acababa por agobiarme. Corría entonces a nuevas lecturas, o me empeñaba en construir mundos trazando palabras en un papel. Pero estas fuentes no podían alimentarme pues estaban hechas de la misma sustancia vacía que daba forma a mis sueños.

Por esa época descubrí un libro que me pondría, por primera vez, de cara al drama de la existencia del hombre; me refiero a los *Pensamientos* de Blas Pascal.

La miseria del hombre —según Pascal— procede de que es el único ser viviente capaz de pensar, de tener

que preguntar constantemente de dónde viene y adónde va. “Junco pensante”, siempre tropieza, en cuanto medita sobre sí mismo, con la insuficiencia de su existir. Para poder olvidar este hecho, para ahogar este pensamiento de su miseria, el hombre evita la quietud. Pero, inquieto, busca la quietud. En cuanto la encuentra no hace más que ser infeliz y huye de nuevo a la dispersión que le hace olvidar el tiempo. Su intranquilidad desea la dicha de la quietud. Pero en la quietud siente su infelicidad y huye a una nueva inquietud, para no darse cuenta de su miseria. Y así, *adnauseam*, desde el primer “agú” hasta el último bostezo.

Esto que acabo de exponer se halla resumido en uno de los pensamientos de Pascal: “Nada es tan insoportable al hombre como estar en completo reposo, sin pasión, sin actividad, sin esparcimiento, sin la posibilidad de intervenir. Pues entonces sentirá su nada, su abandono, su insuficiencia, su dependencia, su impotencia, su vacuidad. Sin cesar ascenderá de lo hondo de su alma el tedio, el abatimiento, la tristeza, la congoja, la desesperación”.

Dicho de una manera más breve, toda la desgracia del hombre proviene de una sola cosa: no saber estarse quieto en una habitación.

Esta revelación, que me iluminó como un fogonazo, quedaría sepultada en mí por cerca de quince años, hasta que un día afloró convertida en el germen de una novela, *Misanthropías*, título que mi editor argentino cambió —y masacró—, publicándola con el nombre de

*Con las manos en las rodillas*, novela que alguien, con buena voluntad, elogió diciendo que era una narración de ambiente académico cuyo tema es el profesor universitario.

Vista a la luz del motivo pascaliano, la novela apunta mucho más lejos de lo que afirma mi comentarista.

#### IV

Por el tiempo de que hablo me hallaba terminando mis estudios secundarios. Llevaba algunos años escribiendo, pero mis historias, como sucede con el origen de toda literatura, no eran escritas. Durante los recreos escolares, le contaba a mis compañeros la película que había visto el fin de semana. La contaba una y otra vez; alargando, puliendo, cambiando, inventando, hasta que a la vuelta de los días, de tanto repetir la primera versión, la última era una obra nueva y diferente.

Lo que vino después lo he descrito en una de mis novelas, *Llegarán de noche*:

“Hay algo en esta tarde que te recuerda las tardes de tu infancia, tardes de calma triste al regreso de un viaje de aventuras por tu cuarto, tardes plegadas sobre sí mismas, perfectas, como un texto que no precisa más retoques. La selva, el desierto, los jinetes blancos, las navegaciones submarinas, las islas deshabitadas, las ciudades perdidas, han regresado a los muros. Cansada, tu imaginación no es capaz de engendrar nuevas ficciones. Entonces no necesitabas construir utopías; tu mun-

do era el mundo, no conocías ni tristezas ni limitaciones, no reparabas en la imperfección ni en la mutabilidad de las cosas; vivías un presente absoluto. Pero un día el mundo dejó de ser el Mundo. Hubo dos mundos, como dos esferas que no ajustan; hubo el espacio que cercaba tu cuarto, y éste, en el que ya apenas cabías. Te costaba ahora encerrarte en tus juegos. Cuando movías a tus criaturas, sentías que alguien te observaba, un adulto que desde la distancia se burlaba de las extrañas piroetas de un niño que comenzaba a tener más de loco que de niño. Necesitaste entonces encontrar otra dimensión que te acogiera. Fue así como un día te sorprendiste tratando de recrear los mismos juegos en la superficie de un papel. Recrearlos, ponerlos en movimiento, ahora por la acción de la palabra. Desde ese momento escribir pasó a ser la prolongación de tus juegos y el aplazamiento de tu muerte”.

Escribir, entonces, comenzó siendo una prolongación de mis juegos infantiles, también una manera de hacer míos tanto objeto —barcos, armas, uniformes, geografías— que yo jamás iba a poseer.

“Así empezaste. Habías dado el primer paso, habías aprendido la magia de duplicar el mundo y hacerlos calzar como una sola esfera. Luego descubriste el modo de vencer la limitación que te oponía el espacio físico. Descubriste el secreto más oculto: el sentido último del ensueño y de la ficción. Se te reveló que en ese ámbito personal podías, como en el juego, manejar tiempo y espacio a tu voluntad, reducirlos, abolirlos:

estás aquí, corte, ahora estás a kilómetros, a semanas de distancia, y tú sigues siendo el mismo. Descubriste que las historias pueden ser reversibles, que cada diálogo revelá algo y que ningún gesto es gratuito. Descubriste que no hay tiempos muertos, esas exasperantes pausas en el pulso de la vida que llenamos malamente con sonrisas, murmuraciones y bostezos. En el universo del ensueño y la ficción siempre estará ocurriendo algo, incluso en una larga escena de hastío o de silencio está ocurriendo algo, porque ese tedio y esas palabras que nadie pronuncia son partes inteligibles de un Todo que es la Obra”.

Más tarde escribí contra los que ponían límites a mis dispersiones de adolescente. Escribía para reducir el poder de mis enemigos: clavaba palabras en muñecos hechos con trozos de sus ropas y mechones de sus cabellos. Pero de diecinueve años, escribir era mucho menos una empresa artística que un camino que me conducía a un ámbito íntimo y personal donde la irrealidad era mi mejor defensa contra cierta sórdida tristeza que yo descubría fatalmente en cada rincón, rostro y piedra de una ciudad —Santiago—, a la que yo seguía sintiendo extraña. Escribir era un acto puramente emocional sobre cuyos trazos no me interesaba volver. Por ese motivo, la novela —mi primera novela— quedó sin corregir. ¿Con qué objeto haberlo hecho? No habría tenido más sentido que el repetir un ejercicio de gimnasia que se practica con la única finalidad de cansar el cuerpo o descargar los nervios.

Acababa de terminar los estudios de humanidades. Mis compañeros de clase habían elegido ya carrera, novia, modelo de auto; yo era el único (me imaginaba el único) que ansiaba saciarse con esa libertad que uno hace suya con sólo cruzar por última vez las puertas del colegio.

Aquel mismo verano un regalo en dinero me tentó con unos días en un balneario de la costa.

El lugar tenía algo de la playa de mi infancia, la caleta a donde íbamos cada año, un caserío en que el océano se juntaba con la tierra por obra de su gente, hombres y mujeres que de día criaban aves, cultivaban hortalizas, horneaban pan, para irse en la noche a botar las redes mar adentro. En la orilla, las olas batían contra los restos inmemoriales de un naufragio, cuatro fierros negros que desafiando la obstinación de las aguas, reservaban para mí una cabina intacta llena de preciosos instrumentos de navegación.

También aquí el mar tenía un latido diferente. Las olas se sucedían como versos de una inspiración infinita, en una cadencia que proclamaban —pronto lo descubriré— los dominios del Poeta del Signo del Pez.

Cuando fui a visitarlo lo encontré cultivando su jardín, vestido de almirante. Me saludó y me invitó a pasar a su gran estudio colmado de bitácoras, catalejos, agujas de marear, mascarones de proa, globos terráqueos y viejos portulanos, y mientras le contaba quién era yo y qué deseaba ser, sentía que por fin entraba en la mara-

villosa cabina que allá en la playa de mi infancia el mar había estado reservando para mí.

Empecé por el principio, contándole la historia de mis vocaciones: a los seis años, bombero, pirata y pielroja (sucesiva o simultáneamente, no recordaba); a los doce conflictos filiales y domésticos me mostraron la Legión Extranjera como único destino posible; a los quince, nada. No omití contarle del cursillo de orientación vocacional que recibiera en el último año de colegio, y de mi respuesta cuando me preguntaron por cuál carrera me sentía más inclinado, y de la carcajada de mis compañeros al oírme decir "Arqueología". Se habían reído porque me tomaron en serio. No sabían que Egipto, Chichén Itzá, Persépolis, significaban para mí tumbas secretas, tesoros, maldiciones milenarias. No en vano me había hartado de ciertos libros durante los años que duró esa alegre película de aventuras que se llama la infancia.

Cuando acabé de referirle la historia de mis múltiples vocaciones le hablé al Poeta de mis designios. No necesité de muchas palabras. Pero el Poeta del Signo del Pez se quedó un momento pensativo, como si no lograra poner en un solo acorde "vocación de escritor" y "periodismo". "¿Por qué periodismo?", me preguntó con su voz nasal y quejumbrosa. "Porque ambos oficios se complementan", respondí. El Poeta no opinaba igual: "El periodismo le mata el estilo al escritor, le obliga a escribir en la prosa ramplona de los periódicos. ¿Por qué no estudia para profesor de algo? De caste-

llano, por ejemplo. Gánese la vida haciendo clases. Eso nunca matará al escritor que puede haber en usted”.

Una hora, una simple hora entre tantas horas, tres mil seiscientos segundos, un destello en el curso de una vida, una hora que pude gastar en comerme un plato de almejas o en ir a tenderme al sol de esa playa para mirar el vuelo de las gaviotas, la ocupé, aquella tarde de diciembre de 1956, en visitar al Poeta del Signo del Pez, y su consejo seguirá repercutiendo, mañana y siempre, seguirá ordenando decisiones y encadenando hechos, como otra fatalidad. Lo digo porque atendí sus palabras y al año siguiente me matriculé en el Instituto Pedagógico.

## VI

Por esta época, escribir era mucho menos una empresa artística que un refugio, un ejercicio febril (veinte, hasta treinta carillas diarias), una trinchera, un arma arrojadiza, un grito.

Un día descubrí que había empezado a escribir por el gusto de combinar palabras, por el deseo de fabricar un objeto —sólido, de peso, brillante—, que de tan real rodara por el suelo.

En el verano de 1957 escribí lo que puede llamarse mi Opus 1, un largo cuento que titulé “La herida del tiempo”. En los diez años siguientes le añadí cuatro relatos más, hasta formar, con el primero, una suerte de ciclo que publiqué con el nombre de *De un muro a otro*.

Me estoy refiriendo a estos escritos porque deseo hablar de un problema que siempre me ha inquietado, el de las influencias literarias.

Cuando una persona comienza a escribir, su espíritu no es la tabla rasa” de que hablaba Aristóteles. En esa “tabla”, que es todo él, hay ya inscritas, en el momento de coger la pluma, series completas de signos que reaparecerán transmutados en sus poemas, cuentos, novelas. En primer lugar están los signos de la herencia, del ambiente, de la educación; luego están los signos de su vida y de sus experiencias; y confundidos con los anteriores, los signos de sus lecturas, las huellas que ha dejado la obra ajena.

Pero, ¿de qué manera se manifestaron en mis primeros escritos legibles estos últimos signos que he señalado; cómo operaron durante el acto mismo de la creación?

Aunque no me siento imitador de nadie, debo reconocer la deuda que tengo hacia ciertos autores, entre ellos Graham Greene; más exactamente, el Greene de un libro de viajes, *Caminos sin ley*.

En mis relatos que componen *De un muro a otro*, se advierte de manera notoria mi tendencia hacia determinado paisaje, el desierto. Y dentro de esta escenografía va montada una situación: el contraste psicológico y cultural entre el producto humano de un mundo civilizado y los integrantes de una comunidad más o menos primitiva. Mi protagonista, cuyos rasgos se repiten y dan unidad interna a los cinco relatos, es un individuo que se halla forzado a vivir en un medio al que siente

ajeno. Vive en conflicto con él, y su residencia, que en unos relatos es pasajera, en otros definitiva, le resulta ingrata. Una distancia cultural apreciable lo separa de los habitantes del lugar, una forma de vida distinta a la suya y un paisaje y un clima contrapuestos a los de su tierra natal, agudizan su sensación de extranjero.

Este cuadro, que puede considerarse un tópico, tiene parte de su raíz en mi propia experiencia. Desierto y situación de contraste. Desierto: viví cuatro años rodeado por el desierto y debo confesar que al mismo tiempo me atrae y me deprime; me siento "extranjero" en su medio. Situación de contraste: he vivido algunos años, quizás los más importantes en la primera etapa de una vida —entre los once y los quince—, en una ciudad de ese país vecino que mencioné al principio de estas páginas. Viví allí bajo la doble o triple condición de extranjero: ante aquella gente lo era nacional, racial e históricamente: era chileno, era blanco, era un ex-enemigo, un ex-ocupante.

Lo que describo ocurría antes de que cayera en mis manos *Caminos sin ley* de Graham Greene; es decir, lo que describo pertenece a esa serie de signos que son las experiencias vitales y del ambiente.

El libro de Greene es una crónica de viaje a través del México inquietante de la revolución de Lázaro Cárdenas, de la proscripción religiosa, de los templos clausurados, del exótico puritanismo de los dictadores locales como Garrido y Plutarco Elías Calles. A lo largo de toda su narración, Greene no deja de testimoniar su situación de "extranjero" en aquella delirante aventura.

Extranjero "imperialista" por ser inglés, "gringo" en un país que vivía la euforia xenófoba, católico donde se pretendía extirpar el espíritu religioso, y, sobre todo, blanco.

La impresión de la lectura del libro de Greene debió acentuarse fecundadoramente a causa de la circunstancia en que me tocó hacerla.

Ocurrió mientras el tren de Antofagasta a Salta (Argentina) trepaba bordeando salares como interminables espejismos. Eran los primeros días de septiembre de 1955 y los últimos del régimen peronista. Yo no olvidaba que el tren me estaba conduciendo hacia un dominio donde también se habían quemado iglesias y donde una suerte de "camino sin ley" empezaba a recorrerlo en todas direcciones. Pocos libros como la crónica de Greene me hicieron sentir la soledad y el desamparo, la nostalgia, el desarraigo y el requerimiento imperioso de lo familiar, mientras el convoy marchaba irrevocablemente cordillera arriba. En las páginas en que Greene describe su paso por México se hallaban todas mis sensaciones de viajero por el desierto andino, las que a su vez despertaban otras del pasado: la ascensión a lomo de mula hacia la cumbre de Macchu Picchu, la noche invernal pasada en Puno, a orillas del Titicaca; la romería dominical a los pueblos del interior de Cuzco, donde el instante de la Elevación en la misa se celebra con estallidos de petardos. Y los efectos de la altura, el malestar, el frío y los olores, y el grito de "chileno" dirigido con la fuerza del peor insulto.

Yo leía a Greene, el tren avanzaba por el desierto.

Dos años después escribí "La herida del tiempo".  
Y con esto llego a lo más importante.

Estimo que el libro de Greene influyó directamente en el proceso de creación de lo que escribí más tarde; pero creo que en este caso no puede hablarse de influencia en el sentido de ser la obra el producto de una imitación más o menos voluntaria por parte del autor. Vista en la acepción que la veo yo, la influencia aquí consistió en revelarme, en hacerme tomar conocimiento sensible, de la existencia de zonas vivenciales hasta entonces ocultas. La acción de Greene sobre mí se llevó a cabo por vía de un principio de identidad y afinidad. Los elementos literarios de *Caminos sin ley* procedieron como catalizadores; fueron la chispa de un arco voltaico que integraron fecundadoramente lo que en mí se encontraba en estado larvario y acaso en espera del toque fecundador, el único eficaz entre millones de páginas y de circunstancias.

En la "tabla rasa" de mi espíritu se encontraban grabados los signos de mis lecturas. *Caminos sin ley* era ya un signo inscrito en el momento de decidirme a coger la pluma para trazar la primera línea de "La herida del tiempo"; pero confundidos con esos signos se hallaban otros de varias experiencias a las que el libro de Greene lo único que hizo fue madurarlas literariamente al comunicarles su propiedad de obra realizada, esto es, de materia rescatada del caos por acción de la palabra. La substancia se hallaba en mí, sólo faltaba un pequeño estímulo fertilizador para que se integrasen y tomaran forma.

Con esto quiero reafirmar que nada del aspecto sustancial de la materia que luego derivó en el relato "La herida del tiempo", era posterior a mi lectura de *Caminos sin ley*, porque sin la experiencia vital análoga a la que describe Greene, el influjo habría sido semilla que cae en tierra yerma.

## VII

El consejo del Poeta del Signo del Pez iba a tener para mí, a la vuelta del año en que entré a estudiar pedagogía en castellano, la primera consecuencia trascendental. Por un encadenamiento de hechos y casualidades algo complicado de describir, me vi un día disfrutando el privilegio de trabajar como auxiliar de investigación en el Centro de Investigaciones de Literatura Comparada, institución que fundó y dirigió ese maestro de tantos que es Roque Esteban Scarpa.

Fue durante ese período cuando escribí mi primer libro de ensayo, *Los adolescentes en la obra narrativa de Aldous Huxley*.

De Huxley había leído todas sus novelas y cuentos, y había descubierto que en ellos el autor británico repite con frecuencia un tipo de personaje, el adolescente. Pero no se trata del adolescente común que estamos acostumbrados a conocer en las novelas de otros escritores: el de Huxley es una curiosa combinación de inteligencia adulta y emociones de muchacho.

Ahora bien, ¿por qué escogí ese tema?

A partir de los veinte años yo había intentado escri-

bir una novela que tenía por protagonista a un adolescente. La comencé repetidas veces pero a poco andar, la empresa tambaleaba y se venía al suelo. Quizás porque yo estaba aún demasiado cerca de aquella etapa de la vida, la adolescencia, o porque no encontraba la forma de tratarla artísticamente. Recuerdo que después de grandes esfuerzos por delinear a mi personaje, su condición aparecía demasiado en abstracto, como una idea, no como un complejo de realidades humanas mostrado en acciones y situaciones.

Un día descubrí que mi personaje había sido ya elaborado en esa misma y exacta naturaleza que yo había concebido en mis frustrados intentos literarios. El más acabado y similar a la figura que nunca llegó a tomar cuerpo en mi novela, era el adolescente de *Crome Yellow*, a quien defino así en un pasaje de mi estudio:

“Denis Stone vive la nerviosa premura del adolescente que desea realizar la labor de una vida completa a una edad en que poco o nada es posible hacer bien. Tiene 23 años y “una angustiosa conciencia de ello”. Es como un muñeco en equilibrio inestable: el más mínimo detalle que no coincida con la imagen que su fantasía había creado en torno a una circunstancia, lo derrumba de inmediato (...) No ha vivido. Cree tener su filosofía de la vida y procura que ella se adapte a un esquema construido “a priori”. Aunque reconoce que vale más vivir primero y luego formarse una filosofía adaptable a la experiencia, él no sabe de qué modo proceder con el fin de enmendar su errónea actitud. En verdad, la raíz de sus problemas está en que los he-

chos y las cosas le resultan horriblemente complicadas, en cambio las ideas, hasta la más dificultosa, “engañosamente sencillas”. “En el mundo de las ideas, todo resulta sencillo —afirma, no sin dolor. En la vida real, todo es oscuro y embrollado”. (...) Denis ha llegado a un punto en que comienza a reconocer que es necesario vivir real e integralmente, pero también comprende que, previo a ese paso, es forzoso desembarazarse de sus veinte toneladas de racionios extraídos de aquellas lecturas suyas digeridas con pena y sin gloria”.

Mi libro gustó a mis compañeros del Instituto y fue bien recibido por la crítica. Creo explicarme el hecho de que este ensayo resultara, en que al escribirlo, lo que hice fue parafrasear una serie de obras que hasta ese momento yo no era capaz de escribir. También porque llevé a cabo el trabajo con inspiración y entusiasmo, pues me sentía profundamente identificado con la materia que re-elaboraba.

Cuando concluí de escribirlo me sentí incapacitado de emprender de inmediato una tarea de igual índole. Aquel ensayo era una síntesis de doce años de experiencias —de los 15 a los 27— y en él vacié todas las ideas que venían sedimentándose desde mis años de adolescencia.

## VIII

Las dos experiencias más intensas de esta segunda parte de mi vida han sido las doce horas que pasé bajo

el efecto de una dosis de ácido lisérgico, y cruzar a pie un túnel de ferrocarril.

Antes de extenderme sobre la primera experiencia, describiré la del túnel, sirviéndome de un breve cuento que titulé "El centro de la aventura":

"Si es cierto que hay experiencias capaces de cambiarle la vida a un mortal ordinario, entonces la mía sucedió en aquel viaje de esfuerzo que me llevó a recorrer el sur del país en compañía del Largo Fabres. Queríamos probarnos, jugar durante un tiempo al espartano, medir resistencias haciendo el "boy scout" sin la obligación de levantarse al toque de diana y cantar villancicos a la luz de la lumbre. "El hombre se descubre a sí mismo cuando se mide con el obstáculo", había leído por ahí. Pero había también motivos secretos, de esos que se confiesan sólo al regreso, una vez alcanzado el triunfo. "Mi viejo —no paraba de repetir el Largo Fabres—, aquí cada uno lleva adentro lo que se llama una novela". Ignoro qué folletín se leía en las páginas de la suya; en mi caso, me sentía necesitado de un cambio de aire para ir acomodando la conciencia al desastre irreversible de un año universitario consumido hasta el último bostezo en descargar energías en cierta joven que me las retribuyó sobrecargándome el sistema nervioso.

Nada más cierto que el verdadero comienzo de todo viaje es un punto cuidadosamente escogido: una mancha de color en un mapa, la orilla de un camino en el espacio real. Fue allí donde una mañana, bien ganosos de lejanías, nos instalamos con el Largo Fabres a hacerle

señas a esos vehículos que nos empujarían más y más hacia mi destino. Es una forma de viajar que, aunque irrepetible para mí, se la recomendaría a mis hijos, si los tuviera. Cuando uno es dueño sólo de sus piernas, cuando uno depende en mucho de la buena voluntad de la gente, se comprueba de qué modo las intrusiones de la casualidad acaban por enmendarle la plana a los itinerarios preconcebidos; y, después de todo, la casualidad es la madre de la sorpresa y la abuela de las revelaciones.

Mientras cruzábamos un pueblo que habíamos marcado como punto de tránsito, recordamos que un amigo estaba pasando las vacaciones en el fundo que sus padres poseían territorio adentro, hacia la cordillera. “¿Qué tal si lo premiamos con una visita?” Examinamos mapas, medimos entusiasmo (los que votaron en favor de una paradilla a dormir y comer en cama y mesa decentes); y para darle al azar su parte en la consulta, lo echamos al cara o sello.

Gran trecho del camino al fundo lo hicimos a pie. A fin de reducir distancia y evitar la subida de un cerro muy empinado, el Largo Fabres propuso en un punto del trayecto cortar por un túnel de ferrocarril.

Era mediodía cuando llegamos a la entrada. Un breve descanso, sorbos de agua, miradas al interior, gritos para probar el eco. “¿Nos metemos?” Discutimos las alternativas de una decisión ya tomada, un poco para enervar la fantasía. “¿Y si el tren nos pilla cuando estamos adentro?”, comenté para hacerme el gracioso. “Imposible —respondió el Largo Fabres— El tren de este año acaba de pasar en la mañana”. A fin de aquie-

tar la conciencia lo echamos al cara o sello. Ganamos, el azar y nosotros. Volvimos a cargar las mochilas, y pateando piedras y tarros oxidados, haciendo escalas con la voz, nos aventuramos.

El túnel no mediría más de cien metros. La claridad que entraba por ambas bocas bastaba para recorrerlo sin ayuda de otra luz. El Largo Fabres, que caminaba adelante, aflojó el tranco un poco más allá y se detenía a ratos para observar —“¡Mira, qué lindo!”— el juego de reflejos que el hollín carbonizado creaba en muros y techos. Pero mi ánimo no le hacía pareja. El paso por aquel lugar se me iba poniendo intolerable. Sentía que estaba invadiendo una zona ajena, un espacio vedado al caminante. Me crecía un desasosiego, una vaga noción de peligro que cuando la recogieron finalmente mis sentidos, aquello que la materializó ya no dio tiempo para organizar una defensa.

Primero fue el pitazo, corto, burlón, de ¡quítese del paso, niños!, en seguida el estruendo metálico de una mole que rodaba derecho hacia nosotros, llenando perversamente todo el espacio.

Al tenerla casi encima, perdí la calma, y con la calma, la medida de las distancias y del poder de mis piernas. El pánico me jugó la broma de hacerme ver lo que mi instinto de protección deseaba que viera. Cuando advertí la presencia del tren, la locomotora ya entraba en el túnel, pero en el segundo siguiente el pánico me hizo verla todavía en el lado de afuera. Mi reacción fue, por lo tanto, largarme a correr para ganar la salida, imaginándome que podría lograrlo antes de

que la cabeza del tren penetrara por la boca del túnel. Aunque muy pronto comprendí la inutilidad del esfuerzo, seguí corriendo, gritándoles a los del tren que pararan, sin convencerme de que no me hubiesen visto. En la carrera tropecé con un durmiente. El peso de la mochila completó el resto. Para entonces la locomotora se hallaba a unos cinco metros.

De aquella experiencia conservo algunas visiones.

Veo primero al Largo Fabres, unos metros adelante. Veo su silueta de perfil, iluminada por la luz del exterior que el bulto del tren va apagando gradualmente. También él intentó alcanzar la salida, pero al comprender la ineficacia de la acción, se ha pegado de espaldas contra el muro. En ese mismo instante vuelve la cabeza y me divisa sobre los rieles, preso de la mochila, paralizado por el pánico. Por encima del estruendo que avanza oigo su grito. Mi conciencia recibe una orden: "¡Levántate. Sácate la mochila. Pégate al muro!" Una orden simple, tan simple, que en el acto me despeja y devuelve a mis músculos la voluntad de obrar.

Una fracción de segundo me tomaría hacer los tres movimientos. Lo que hago es ponerme en pie y aplastarme contra el muro. La locomotora pasa rugiendo. Cuento los vagones, dos, tres (¿por qué demoran tanto en pasar?), cinco, seis. La cuenta se interrumpe ahí. Ya no oigo el tren que se aleja.

La otra visión contiene menos una imagen que una certidumbre.

En medio del torbellino de humo y ruido, desde mi precario refugio, podía divisar los perfiles de los pasa-

jeros del convoy, invulnerables en sus asientos, ignorantes también de lo que ocurría aquí afuera. Desde entonces, cada vez que me llevan a viajar en tren y nos internamos por un túnel, rehúso mirar hacia afuera: no vaya a ser que allí, en la oscuridad, envuelto en humo y ruido, esté otra vez aquel infeliz de la abultada mochila entre la espalda y el muro, su vida a salvo, pero presintiendo con horror que un extremo saliente del último vagón (¿por qué no terminan nunca de pasar?), un trozo de fierro a la altura de la pelvis, no le dieron tiempo para ver, avanzaba a mutilarlo, sin remedio”.

Lo único que hay de ficticio en este cuento es el final. En mi aventura no ocurrió ninguna mutilación, sólo temor de ello durante los interminables segundos en que el tren pasaba. La única víctima de todo el incidente fue una pulga que me había venido chupando la sangre en cada noche del viaje. La rueda de un vagón cortó uno de los extremos del saco de dormir arrollado sobre la mochila, y ahí se hallaba el pobre bicho, escondido en algún pliegue, acaso soñando conmigo.

Debo agregar también que gracias a la acción del Largo Fabres —Ernesto Malbrán en la vida real— me ha lo escribiendo estas líneas.

De la experiencia con LSD o ácido lisérgico —doce horas viendo colores nunca vistos, oyendo sonidos nunca escuchados— resultó también una revelación y, posteriormente, un cuento, “Las malas costumbres”.

En un momento de ese intenso día, mi visión dilatada y pulida por la droga me mostró el mundo como un miserable trozo de papel celofán que una mano in-

visible arrugaba gradualmente. Lo que me estaba ocurriendo era que veía *objetivamente* el Tiempo. No sentí angustia ni espanto: era la evidencia de una certidumbre que hasta ese instante sólo conocía de un modo abstracto. De la noción apriorística del “tiempo” yo había trascendido de golpe a experimentarlo sensorialmente.

Ese momento medular de la revelación por efecto de la droga constituye el núcleo del cuento ya mencionado, “Las malas costumbres”.

“Era conmovedor ver las manos de mi madre que se movían sin prisa mientras sacaba solitarios, como encerradas en el círculo de luz que proyectaba la lámpara de pantalla verde, mientras el crujido de los naipes al ir cayendo sobre la mesa y el amortiguado tic-tac del reloj de péndulo parecían agrandar el silencio. La escena era conmovedora y se mantuvo idéntica a sí misma hasta que sobrevino esa parálisis en el interior del cuarto y en la casa entera, cuando alguien hizo cesar todo ruido, empezando por el tic-tac del reloj, y aquello se coló en la sala para venir a teñir con una ligera capa de ceniza la piel de la frente y de las mejillas —que hasta ese momento tenía un brillo de cera o de pieza esmaltada— de la mujer del cuadro que colgaba frente a mí. Pero no lo hizo únicamente con esa dama que se inclinaba un poco hacia adelante como si no terminara nunca de contar las ranuras del piso, sino también con el jarrón de porcelana blanca y con los libros y los muebles y la alfombra y las cortinas y el empapelado: lo había teñido todo con igual opacidad cenicienta y sucedió luego que estaba viendo en mis manos, en la su-

perficie misma de la piel, a millones y millones de granos diminutos que giraban y giraban vertiginosamente y que girando siempre se deslizaban hacia el centro de las manos. Cerré los ojos, dejé pasar unos segundos y los volví a abrir. En torno mío, cada cosa, cada objeto del cuarto iba presentando el mismo aspecto, simultáneamente, impulsado por idéntico ritmo. Alcé los ojos con mucha lentitud y los fijé en la cara de mi madre, que seguía con su solitario como si no se diera cuenta de nada. Tal vez estaba arreglando mentalmente ramos de dalias en los treinta jarrones de la casa o el proyecto de algún fabuloso pastel de frambuesa la mantenía demasiado obsorta, pero el asunto era que ahí estaban los dichosos corpúsculos, como interminables granos de arena que se deslizaban iridiscentes hasta irse vaciando por una grieta invisible de la piel. Regresé a mis manos. En ella los corpúsculos parecían ahora amalgamarse en un todo homogéneo, prestándole a la piel un movimiento ondulatorio, como sucede cuando la brisa peina la superficie del agua. Luego el movimiento cambió, se hizo más rápido, como si mis manos fuesen trozos de papel celofán al que han soltado luego de estrujarlo, o sea estaba viendo ese movimiento del papel que se va desplegando, primero con lentitud, luego con breves, bruscos sacudones, lo estaba viendo así, pero en sentido contrario, como si la piel se estuviese arrugando de un modo imperceptible, y entonces se me ocurrió pensar que todo lo que había en ese cuarto, todo lo animado y todo lo inerte, tal vez la casa entera con sus habitaciones y sus muros y todas las casas de la ciudad y todo lo

que hay en el mundo y el mundo mismo y lo que hay más allá del mundo estaba siendo dominado por ese espantoso movimiento que va arrugando, despaciosamente, sin esfuerzo, a un insignificante trozo de papel”.

Cuando lo escribí no sabía yo que el cuento llevaba el germen de otro cuento.

En uno de sus pasajes aparece la siguiente descripción:

“Cierta crujido muy leve que por las noches oía desde mi pieza, algo entre chillido y crepitar, criiii-iiii, eran las dalias al marchitarse en los treinta jarrones de la casa”.

Este comentario, que está dicho un poco al pasar, me sugirió una idea para otra historia. Imaginé a un hombre que persigue a otro con elogios desmesurados —suele ocurrir— por un cuento, el único, que éste había escrito. Ante tanto elogio, el elogiado piensa primero que el hombre es un fresco que está usando este recurso algo sutil para sacarle dinero. También suele ocurrirle a los escritores. Luego, cuando los elogios se suceden con creciente entusiasmo, piensa que el fulano es simplemente un chiflado. Un chiflado, sí, pero ¿de qué naturaleza? En uno de los encuentros, el perseguidor menciona uno de los pasajes del cuento, el de las flores que gritan al marchitarse, y le asegura al autor que es una de las imágenes más hermosas que se han escrito en la literatura universal. Hasta que un día, el elogiado sabe por alguien que a su perseguidor tuvieron que llevarlo a ese lugar donde a la gente le toman la temperatura de la cabeza. ¿La razón? Porque llevaba

varias semanas sin dormir, debido —se quejaba— a que por la noche lo mantenía despierto el grito de las flores al marchitarse.

Al pobre autor se le acaba de golpe la ilusión de que había escrito un cuento genial. Pero le queda un consuelo: su cuento tuvo al menos un lector, el mejor quizás, el lector ideal, porque en su locura, el fulano aquel había gustado de la obra hasta el fondo; y la había gustado porque su forma de chifladura coincidía con la metáfora literaria que el autor había usado inocentemente para describir un simple fenómeno de hipertrofia auditiva.

## IX

“Si la vida no es más que una espera entre dos trenes, pues bien, yo prefiero llenarla escribiendo”.

Han pasado muchos años desde que hice esa declaración. Me hallaba en la edad de las frases retumbantes, pero, con todo, sigue aquella sentencia expresando algo de mi sentir.

Y para recordar mejor ese principio y cumplirlo a conciencia cada vez que me llega el momento —terrible momento— de ir a encerrarme en la “sala de partos”, redacté un día una lista de consejos dirigidos a mí mismo.

Espigo algunos del conjunto:

“No escribas porque al papá y a la mamá les encanta tu letra y te lo repiten a cada rato”.

“No escribas creyendo que después de haber redac-

tado dos líneas, la tercera va a revolucionar la literatura del mundo”.

“Cuando expreses una idea por escrito, léela, bórrala y escríbela de otro modo. La primera redacción es casi siempre un lugar común o una frase recibida”.

“No escribas porque lo hiciste una vez, y bien, y desde entonces te sientes obligado a seguir escribiendo”.

“No escribas porque crees que escribiendo quedarás fuera de la Rueda de la Vida. Ni aun el oficio literario te libera de tu condición humana. Considéralo desde el principio una fuerza más que ayuda a Sísifo a empujar su roca”.

“No escribas porque crees que de esa manera salvarás tu alma. En la otra vida te pedirán igualmente cuenta de tus actos, y quizás los encargados de juzgarte sean intencionadamente analfabetos.

Y: “Cada vez que te pregunten por qué escribes, responde que lo haces para saber por qué escribes”.

**EN LA SERIE**

**¿QUIEN ES QUIEN EN LAS LETRAS  
CHILENAS?**

La Agrupación Amigos del Libro ha publicado los títulos correspondientes a los siguientes autores:

**Roque Esteban Scarpa**  
**Miguel Arteche**  
**Gabriela Lezaeta**  
**Manuel Francisco Mesa Seco**  
**Cecilia Casanova**  
**Fernando González-Urizar**  
**Julio Flores**  
**Antonio Cárdenas Tabies**  
**Jaime Quezada**  
**Emma Jauch**  
**Carlos Ruiz-Tagle**  
**Alicia Morel**  
**María Silva Ossa**  
**Isabel Velasco**  
**Juan Antonio Massone**

**Pepita Turina**  
**María Urzúa**  
**Hugo Montes**  
**Nicolás Mihovilovic**  
**Ester Matte Alessandri**  
**Enrique Neiman**  
**René Vergara**  
**Hernán Poblete Varas**  
**Carlos René Correa**  
**Fernando Debesa**  
**Virginia Cox**  
**Carlos Morand**  
**Enrique Campos Menéndez**



EDITORIAL NASCIMENTO